



HOMILÍA

PREDICADA EN LA SANTA IGLESIA PRO-CATEDRAL DE C. VICTORIA
EL DÍA 6 DE ENERO DE 1873, CON MOTIVO DE LA
APERTURA DEL COLEGIO SEMINARIO.



Amados Hijos en Jesucristo:

CÓZOME de veros hoy por vez primera reunidos en las gradas de mi trono y al pié del altar sacrosanto. Mi alma se llena de intenso júbilo, al contemplar en vosotros las primicias de mis fatigas episcopales, mis primeros colaboradores en la fundación de mi diócesi, las esperanzas de mi recién formado rebaño. Tras largos meses de recorrer errante el inmenso territorio cometido á mi cuidado, sembrando sin recoger, trabajando sin fruto, caminando sin llegar á una meta, hoy, al fin, logro ver establecido mi Seminario, y vengo á inaugurar vuestros trabajos con mi bendición; hoy al fin

veo que no son sin provecho mis fatigas, y me siento á descansar un instante al término de la primer jornada de mi carrera pastoral.

¡Cuántos obstáculos, cuántas dificultades, cuántos tropiezos han hecho vanos mis desvelos y frustrado todos mis esfuerzos! Pero al fin, Hijos míos, cuando ya casi desesperaba de mi empresa, hombres de buena voluntad se han acogido á mi desamparado estandarte, y me han jurado marchar á mi lado, y *fundar* conmigo mi obispado y mi clero, sin mirar á nuestra escasez de recursos, sin tener en cuenta nuestra carencia de elementos, y fiados tan sólo en Aquel que puede, cuando le place, suscitar de las piedras mismas hijos fieles de Abraham que le adoren y den gloria á su nombre; *potens est ex lapidibus suscitare filios Abrahæ.*¹

Ya unidos, os llamamos á nuestras banderas; y vosotros acudisteis presurosos á nuestra llamada. Os invitamos para ser las primeras piedras del grandioso edificio que no sin graves dificultades vamos á levantar desde los cimientos. Os convidamos á formar parte de un colegio todavía no establecido; á correr en pos de la ciencia, cuando apenas ha cesado el fragor de las armas; á codiciar la gloria que dan las letras sagradas y profanas, sin tener ejemplos que imitar, y destinados á ser el primer anillo de una cadena que tardará en forjarse. Sólo almas grandes, sólo almas favorecidas de un modo especial por la Providencia, podrán escuchar nuestra voz y resolverse sin vacilar á arrostrar los peligros, las penalidades y la incierta suerte de todo fundador. A vosotros os dió el Señor la gracia para seguirnos; os unís-

¹ Mat. III, 9.

teis á nosotros, y vuestros nombres son los primeros que figuran en el catálogo de los seminaristas de Victoria, debiendo en adelante participar de las fatigas y triunfos, de los sinsabores y dulzuras, de las amarguras y la gloria que siguen inevitablemente en la tierra á todo el que inicia una empresa, á todo el que inaugura una nueva era, á todo el que trabaja por crear una nueva situación.

Hace cuatro meses empezásteis á agruparos poco á poco en torno al sacerdote que os asigné como guía y director. Hoy, formando una corporación respetable por su número, y congregados, no ya en derredor de uno solo, sino de un grupo completo de profesores y maestros, venís á implorar el auxilio divino al abrirse solemnemente las puertas de vuestro colegio. No sé por qué, Hijos míos, juzgo coincidencia providencial, y considero como feliz augurio, el que precisamente en la fiesta de la Epifanía del Señor, luzca para vosotros el primer rayo de la Ciencia Sagrada. Vosotros, destinados á ser progenitores de la Iglesia de estas regiones, venís á adorar al recién nacido Salvador, el mismo día que los progenitores de la Iglesia universal¹ lo adoraron en Belén. Vosotros, hermanando cual ellos, la piedad al amor de la ciencia, venís á beber los principios de la sabiduría á los piés de Jesús sacramentado, guiados por el astro luciente de la Fé. Vosotros os aprestáis también, cual los Magos, á volver al mundo de donde hoy salís para entrar al retiro del seminario, por camino diverso del que antes guardásteis, y á ser entre vuestros conciudadanos los propagadores de las santas doctrinas en que os habréis empapado. ¡A cuántas meditaciones no dan lugar

¹ Chrysost. hom. 7. sup. Matth.

tales acontecimientos! ¡Cuántas esperanzas hacen germinar en mi pecho! ¡Cuál encienden el entusiasmo en mi corazón! Escuchad, escuchad ante todo la historia evangélica, y seguidme después en las reflexiones que os iré sugiriendo.

*Cum natus esset Iesus in Bethlehem Iudæ in diebus Herodis regis, ecce Magi ab Oriente venerunt Hierosolymam, dicentes: Ubi est qui natus est Rex Iudæorum? Vidimus enim stellam eius in Oriente, et venimus adorare eum.*¹ Han terminado las setenta semanas de Daniel; reina sobre Judea el rey extranjero anunciado siglos había;² llegada la plenitud de los tiempos ha nacido en la pequeña Belén de la tribu de Judá, el Deseado de las naciones, el Mesías prometido, el Redentor de los hombres, Cristo Jesús. Al mismo tiempo que no lejos de la dichosa Ephrata, testigo de tamaños misterios, los pastores Israelitas, escuchando la voz del Angel, acuden al pesebre en que reposa el Rey de los Cielos, allá en las apartadas regiones de Sabá y de la Arabia velan tres doctos varones, ricos á la par en ciencia, en piedad y en bienes mundanales, examinando los astros y queriendo arrancar á la bóveda celeste el secreto que sus libros les anuncian, de la próxima redención del género humano. Hé aquí que de repente aparece una estrella, antes nunca observada; una estrella cuyo disco luminoso ofusca á todos los astros, y cuya claridad sobrepuja la del mismo sol;³ una estrella que evidentemente no es de aquellas que pueblan el firmamento, sino mensajero divino de insólitas

¹ Matt. I, 1, 2.

² Gen. XLIX, 10.

³ Chrysost. hom. 6 super Matt.

nuevas. Al mismo tiempo que los rayos del astro hieren los ojos de los tres piadosos observadores, un rayo todavía mas refulgente penetra en sus corazones, la luz de la verdad alumbrá sus almas, é iluminados por la fé, saben que el Verbo Eterno ha bajado á la tierra revestido de carne mortal.¹ Obedientes á la voz interior que los llama, se aprestan á salvar la distancia que los separa del Gran Rey cuya estrella ha aparecido en los cielos, y sin vacilar un instante emprenden el viaje á la remota Palestina. En breves horas se congregan numerosos servidores, se enjaezan los más rápidos corceles y los más veloces dromedarios² y se aparejan los más valiosos presentes que producen aquellas regiones.

Antes de la aurora salen de sus dominios los dichosos reyes, su lucido séquito y rico cargamento, y siguiendo á la estrella en su veloz carrera caminan presurosos hácia el término anhelado de su viaje. Breve es el descanso á mediodía; pocos instantes dura el sueño nocturno; ni hombres ni animales parecen necesitar de reposo, y una virtud divina se desprende del astro que los guía, infundiendo á todos fuerzas sobrehumanas y dándoles alas para devorar en pocas horas inmensas distancias.

Al rayar la aurora del día décimotercio³ se encuentran ya en Judea, y no lejos de su capital. Pero ¡ay! la estrella ha desaparecido; su guía se oculta precisamente en los momentos en que más han menester de su luz. ¿Qué hacer en tamaño conflicto? ¿A dónde ir? ¿A qué paraje dirigirse? ¡Magos heróicos! Su fé no vacila en tan dura

¹ Leo, serm. 4 de Epiph.

² Chrys. super Matt. op. imperfecto.

³ Ibid.

prueba, y lejos de desmayar aguijonean sus no cansadas cabalgaduras, y llegan á las puertas de Jerusalén. Allí, sin preámbulos ni saluciones, preguntan á todos con santa ansiedad: Decidnos, decidnos, ¿dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Allá en las regiones donde vivimos al Oriente de vuestro país, hemos visto su brillante estrella. Venimos á adorarle; venimos á ofrecerle presentes; ¿dónde está? ¿dónde está?

Audiens autem Herodes rex turbatus est, et omnis Hierosolyma cum illo. Et congregans omnes principes Sacerdotum et Scribas populi, sciscitabatur ab eis ubi Christus nasceretur. At illi dixerunt ei: In Bethlehem Iudæ: sic enim scriptum est per Prophetam: Et tu, Bethlehem, terra Iuda, nequaquam minima es in principibus Iuda. Ex te, enim exiet Dux qui regat populum meum Israel. Al oír tan extraña pregunta se agolpa la multitud á las calles y pasando de boca en boca llegan las duras palabras á oídos de Herodes, quien escucha una y otra vez aterrado la inesperada interrogación que repiten por todas partes los ecos: ¿Dónde está el Rey de los judíos, que ha nacido? ¡Desdichado monarca! ¡Tristes de los hombres que la Providencia ha colocado en un alto puesto! Las humildes plantas que crecen en el fondo del valle, permanecen tranquilas en medio del recio huracán; pero los elevados ramos que ostenta en su copa el frondoso cedro del Líbano, se agitan al más ligero soplo del aura suave. Así el Rey idumeo se conturba al rumor de que un Rey judío acaba de nacer. ² Viene á destronarlo sin duda; quizás el pueblo se apresta ya á arrojar al déspota extranjero

¹ vv. 3, 4, 5, 6.

² Chrys. sup. Matt. op. imperfecto ut supra.

para sustituirle un gobernante de su raza. De un lado lo perseguirán los hebreos; del otro pesarán sobre él las iras de los romanos, que han prohibido que nadie se declare rey ni dios sin su consejo. ¹

Pero en balde te turbas ¡oh Herodes! diré con San León,² no cabe Cristo en tu alcázar de la Torre Antonia, ni se contenta el Señor del mundo con la estrechez de tus reducidos dominios. Es vano tu temor; que no viene á arrebatárte reinos mortales, el que distribuye á manos llenas imperios celestes. ³ Congrega, congrega, si quieres, á toda prisa á los Príncipes de los sacerdotes y á los Doctores de la ley. Te citarán textos truncos de las antiguas profecías, y por adularle se turbará contigo la población entera de Jerusalén; pero tus planes serán frustrados y nada te aprovecharán tus astucias.

En un instante se reúne el Sanhedrín, y responde á las ansiosas preguntas del conturbado rey declarándole que en la pequeña aldea de Belén de Judá es donde ha de nacer el Mesías, según predijo el Profeta Miqueas. ⁴ Herodes lo escucha, y empieza á madurar sus inícuos designios.

Tunc Herodes, clam vocatis magis, diligenter didicit ab eis tempus stellæ quæ apparuit eis. Et mittens illos in Bethlehem dixit: Ite et interrogate diligenter de puero: et cum inveneritis, renuntiate mihi ut et ego veniens adorem eum. Qui cum audissent regem abierunt. ⁵ No me detendré, amados Hijos, á hacer comentarios sobre la perfidia con que He-

¹ Glossa in h. t.

² Serm. 4 de Epiph.

³ Sta. Iglesia.

⁴ v. 2.

⁵ vv. 7, 8, 9.

rodes llama en secreto á los piadosos extranjeros, y fingiendo querer adorar él tambien al recién nacido, los fastidia á preguntas sobre la estrella, y les encarga que busquen al niño con suma diligencia y vuelvan á participarle el fruto de sus investigaciones. Sólo si os haré notar la presteza con que los buenos Magos, al oír que en Belén es donde se encuentra El que buscan, dejan sin tardanza la capital y se encaminan á la oscura aldea.

*Et ecce stella, quam viderant in Oriente, antecedebat eos, usque dum veniens staret supra ubi erat puer.*¹ Salen de Jerusalén presurosos cual siempre, pero no ya con aquel regocijo del principio, ni mirando hácia el cielo á que se creen indignos de levantar los ojos. Clavada la vista en la tierra y rogando humildemente al Señor no los desampare en su aflicción, caminan por los tortuosos senderos, y no lejos del sepulcro de Raquel se llegan á un pozo que los convida á refrigerarse con sus aguas. ¡Oh gozo! ¡Oh dicha! ¡Oh felicidad inefable! En las claras linfas se retrata la estrella conductora, la estrella cuya falta había contristado su corazón.² Sí, es la misma, la misma que apareció en Oriente, la misma que día y noche los guió sin cesar. Otra vez continúa su milagrosa marcha, y llega á las puertas de la aldea suspirada. Penetran tras ella los Magos, y dejando á un lado las bellas casas de la aristocracia Betlemítica, se detienen frente á una posada de humilde apariencia, y que sólo alberga á los más pobres caminantes. Lentamente bajando del firmamento, sobre ella ha descendido la estrella, y permanece fija sobre el mal construido tejado.

¹ v. 9.

² Quaresmius, t. II, p. 604.

*Videntes autem stellam gavisí sunt gaudio magno valde. Et intrantes domum invenerunt puerum cum Maria matre eius. Et procidentes adoraverunt eum. Et apertis thesauris suis obtulerunt ei munera: aurum, thus et myrrham.*¹ ¡Oh felices reyes de Sabá y de la Arabia! ¿Quién podrá pintar vuestro indescribible regocijo? ¿Quién podrá comprender la santa alegría que os domina, al ver premiada vuestra fé, al ver recompensada vuestra firme esperanza, al recibir el galardón de esa ardiente caridad que os ha hecho arrostrar tantas fatigas, desafiar tantos peligros, sujetaros á tan amargas privaciones?

Contemplad, Hijos míos, el hermoso cuadro que ofrecen los Magos abriendo los cofres que encierran sus ricos presentes, y entrando en la humilde posada. Allí encuentran al Niño en brazos de María. Allí contemplan á la Madre del Rey que acaba de nacer, no ceñida de rica diadema, como observa el Crisóstomo,² ni reclinada en suntuoso lecho de púrpura y oro. Sentada sobre la dura tierra, y cubierta con la sencilla túnica que constituye sola toda su guardaropa, es como recibe á los reyes de Oriente. ¡Ah! si hubieran venido en pos de un monarca terreno; si por rendir homenaje á un soberano del mundo hubieran emprendido, tan larga jornada, no de regocijo, sino de confusión, se habrían llenado los Magos, al hallar en vez del que buscaban, al Hijo de la esposa de un carpintero. Pero buscan al Rey de los cielos: la Fé se lo muestra oculto bajo aquella humilde apariencia, y el Niño, á los ojos de todos pobre y desvalido, es á los suyos terrible y majestuoso. Por eso se postran en su pre-

¹ vv. 10, 11.

² Sup. Matt. op. imperf.